

IMRE KERTÉSZ

FIASCO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A Kudarc*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1988 by Imre Kertész
Published by permission
of Rowohlt Berlin Verlag GmbH, Berlín
© de la traducción, 2003 by Adan Kovacsics
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, detalle de la serie
Fragmento de Fragmentos, de Nacho Guilera

ISBN: 978-84-92649-28-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 45 958-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *diciembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El viejo estaba ante el secreter. Pensaba. Era por la mañana. (Hacia las diez). Sobre esa hora siempre solía pensar.

Muchos problemas y preocupaciones acuciaban al viejo, o sea, tenía en qué pensar.

Sin embargo, el viejo no pensaba en lo que debía pensar.

No sabemos con precisión en qué pensaba. Se le notaba que pensaba, pero no se le veían los pensamientos. Tal vez ni siquiera pensaba. Pero, claro, era por la mañana (hacia las diez) y sobre esa hora se había acostumbrado siempre a pensar. Había alcanzado tal rutina en el pensar que era capaz de aparentar pensamiento cuando ni siquiera pensaba, aunque también es posible que él mismo imaginara estar pensando. Esa es la verdad y no hay por qué embellecerla.

Así pues, el viejo se hallaba pensando (sumido en sus pensamientos) ante el secreter.

Difícilmente podremos evitar, en este punto, una mención de dicho mueble.

El secreter era una extensión directa de una biblioteca que hacía ángulo y cuyas dos alas ocupaban el rincón sur-occidental de la habitación. El lado de la habitación que daba a la calle miraba hacia el oeste. Un ala de la biblioteca transcurría, pues, por este lado: para ser precisos, desde el extremo sur de la ventana, que se extendía de norte a sur, hasta el rincón. La otra ala iba desde la cómoda apoyada contra la pared que se extendía de este a oeste hasta dicho rincón, pasando junto a una protuberancia de unos

ciento veinte centímetros de longitud cuyo objeto nadie nunca había sido capaz de explicar y que estaba cubierta (casi vergonzantemente) con una lámina de madera pegada (como si fuese parte de la librería) (con un pegamento de asombrosa mala calidad), si no hasta el techo, sí hasta la altura de la biblioteca, o sea, hasta más allá de los dos metros.

Ya puestos en tales disquisiciones, no podremos callar que la mencionada librería había sido creada por el ingenio de un carpintero vecino a partir de un cajón para la ropa de cama que formaba parte de un antiguo *récamier*; a su vez, un tapicero domiciliado a mayor distancia se había encargado de fabricar, a partir del revestimiento del *récamier*, dos canapés modernos que, así tapizados, se hallaban, respectivamente, en los rincones occidental y oriental de la pared norte.

Ya hemos mentado el hecho de que era por la mañana. (Hacia las diez). Ahora estamos en condiciones de añadir algunos detalles: se trataba de una mañana espléndida, tibia, un tanto brumosa pero soleada, de finales de verano (principios de otoño).

Mientras el viejo permanecía ante el secreter a esa hora relativamente matutina—hacia las diez—, sintió por un momento la tentación de cerrar la ventana.

Sin embargo, no acabó de decidirse, tan espléndida era aquella mañana tibia, un tanto brumosa pero soleada, de finales de verano (principios de otoño).

Era como si una campana de cristal ligeramente azulada hubiera cubierto al viejo meditabundo y su entorno más inmediato.

Este símil—como ocurre, en general, con los símiles acertados, por cierto—sólo pretende contribuir a hacer más tangibles las asociaciones que surjan. Concretamente, habría que incluir en esta hermética campana de cristal los

ruidos y olores, de origen diverso, procedentes de una calle atestada de vehículos, porque la ventana en cuestión daba a una vía de tales características, y el viejo, que se hallaba al sur de dicha ventana (o, si nos ponemos frente a ella, a la izquierda), estaba ante el secreter y pensaba.

Era una calle espantosa.

La Quebrada de las Mentiras, así la llamaba el viejo.

De hecho, sólo era una calle secundaria. (Según su calificación oficial).

Sin embargo, como esta calle secundaria estaba encajada entre dos calles principales, absorbía, qué remedio, el tráfico de las dos avenidas.

En el borde de la acera se alzaban, de norte a sur, diversos indicadores (otros tantos llamativos símbolos de la inutilidad), y la desembocadura meridional de la calle—que era la encrucijada de tres secundarias y una principal que trazaba una curva—estaba bloqueada por un semáforo que se comportaba como si la vía en cuestión fuese, en efecto, una calle secundaria: es decir, antes de volver a prohibir el paso, sólo dejaba pasar a dos o tres vehículos de la horda automovilística que chillaba, retumbaba y vibraba ante él, de aquella marabunta compuesta por todas las dimensiones imaginables, desde los enanos del tamaño de un niño hasta los gigantes con sus remolques (y sus correspondientes emanaciones y frecuencias acústicas) (las cuales, a veces, contrastaban asombrosamente con el tamaño del vehículo, aunque por lo general resultaran ser proporcionales).

Oficialmente, los tranvías no circulaban por la calle.

Inoficialmente, sin embargo, pasaban por allí todos los tranvías cuando iban o venían de las cocheras. Circulaban por alguna de las dos calles principales y utilizaban, como si ni mereciera la pena mencionarlo, esta callejuela encajada entre las dos avenidas.

Desde la Quebrada de las Mentiras ascendían llantos,

ronquidos, chirridos, crujidos, gemidos y gritos de júbilo desenfrenados, como si surgiesen del fondo de un caldero en pleno hervor, a través de gases ora negruzcos, ora simplemente grisáceos, que adquirirían un suave color azulado al caer la tarde (eso sí, antes de empezar el invierno) (puesto que ni siquiera hemos mencionado aún las chimeneas). Este suave color se mantenía hasta que a las tres y media de la madrugada volvía a aparecer en la desembocadura norte de la calle el primer representante de la flotilla de autobuses (y de los gases negros del nuevo día), avanzando a toda pastilla y meneando la cola como una yegua en celo.

Esta calle, que se extendía de norte a sur (o de sur a norte), estaba bordeada por no más de diez o quince edificios. Aun así, todo un período histórico había puesto su sello en esas edificaciones relativamente escasas en número y, aunque parezca extraño, este hecho temporal se manifestó de sur a norte en el espacio.

El centro del lado oriental de la calle correspondía a la primera mitad de los años cuarenta.

Aquellos años se caracterizaron por la guerra; sus edificaciones, por las inversiones urgentes. Y tanto este motivo, como la escasez de material debida a los acontecimientos bélicos, propiciaron la chapuza.

El viejo habitaba un apartamento situado en el segundo piso de un edificio de este tipo (una habitación, un recibidor, un baño, una cocinilla, veintiocho metros cuadrados en total, una vivienda municipal, en definitiva, cuyo alquiler, partiendo de ciento veinte florines mensuales, había ido subiendo al ritmo de los aumentos de alquileres hasta llegar a los trescientos florines actuales, que tampoco era mucho) y llevaba décadas registrado de manera provisional en ella, basándose en el derecho conyugal (puesto que su residencia permanente oficial, como pariente de primer grado, correspondía a la vivienda de su madre, donde, de

hecho, no había vivido nunca, ni siquiera de forma provisional; pero como se suponía que la anciana, aunque ojalá hubiese podido vivir hasta las ultimísimas fronteras de la vida humana, al final inevitablemente...). (En una palabra, que a raíz de ese acontecimiento, en definitiva inevitable, la vivienda quedaría vacía y recaería en el viejo gracias al truco utilizado) (siempre y cuando, como era de esperar basándose en los usos y costumbres, las autoridades municipales lo aprobaran) (si bien, de hecho, también se trataba de una sola habitación, pero grande, situada en zona verde y provista de todas las comodidades, por lo cual aquella vivienda, en la que el viejo tenía oficialmente su residencia permanente, pero en la que nunca había vivido, ni siquiera de forma provisional, resultaba sin duda más adecuada, aunque sólo fuera para proceder luego a un trueque).

Como el mobiliario de la vivienda—donde el viejo residía de forma permanente aunque oficialmente se tratase tan sólo de una residencia provisional—se limitaba de entrada a lo indispensable, es de suponer que aquello que destacaremos en las líneas siguientes como lo más indispensable de lo indispensable alguna importancia entrañará para nuestra historia.

El recibidor, que (partiendo de la puerta de entrada) se extendía de este a oeste y cuya puerta, tipo vidriera catedralicia dividida en dos por un listón de madera barnizada, servía para pasar a la habitación (o, para ser precisos, se soslayaba pues permanecía siempre abierta con el fin de ventilar el recibidor), estaba bordeado por dos puertas que daban, respectivamente, a la cocinilla y, más al oeste, al baño, de tal modo que el trozo de pared de ochenta centímetros de longitud, más o menos, situado un poco más al oeste alcanzaba para un perchero (y un estante para los sombreros).

La pared norte del recibidor estaba revestida en toda

su extensión, de marco a marco de las puertas, por una bonita cortina de material sintético, tras la cual un complejo sistema de perchas y estantes procuraba hacer olvidar los dos armarios, burdos y de diferente tamaño, que durante años desafiaron el permanente rechazo de la esposa del viejo y que—por la supuesta naturaleza de la materia—no desaparecieron, sino que se transformaron en ese complejo sistema de perchas y estantes, hasta tal punto que una pieza original de siete por siete centímetros de uno de ellos (que merece ser mencionada por un sello de cera que llevaba) (con letras casi ilegibles por las diversas capas de pintura que las fueron cubriendo en el curso de los años) volverá a encontrarse en un momento concreto de nuestra historia en una de las cajas de cartón del viejo (ni él sabía en cuál).

Así llegamos a la puerta de vidriera catedralicia dividida en dos por un listón de madera barnizada, por la cual se entraba en la habitación (o, para ser más precisos, que se soslayaba ya que permanecía siempre abierta para ventilar el recibidor).

En el rincón suroriental de esta habitación (cuyo lado exterior daba al oeste) se alzaba una estufa de azulejos, y al norte y al oeste de dicha estufa había, manteniendo las distancias pertinentes, sendos sillones (tipo Maya II, hechos con los siguientes materiales: haya, nitrobarniz, abrazadera P.P., gomaespuma y tela de tapicería; de tal modo que la calidad del mueble respondía a las normas MSZ 8976/4/72 y 8977-68, ¡PROTÉJASE DE LA HUMEDAD!), y, entre dichos sillones (y al noroeste de la estufa), una lámpara de pie que dibujaba un arco dinámico (y cuya pantalla se cambiaba cada cinco años más o menos) y, un poco más hacia el noroeste, una cosa minúscula que se alzaba sobre cuatro frágiles patitas, que el Certificado de Calidad definía como una minimesa infantil, un producto contra-

chapado especial de primera clase, fabricado con madera dura de árbol de fronda de primera clase, y que por su función era más bien una mesa accesoria.

Después del sillón situado (manteniendo la distancia pertinente) al norte de la estufa volvía a quedar un pequeño espacio, y entonces venía la puerta de vidriera catedralicia (o, para ser precisos, un hueco del tamaño de una puerta, pues esta permanecía siempre abierta para ventilar el recibidor), otro espacio y luego, ya en el rincón nor-oriental de la habitación, uno de los canapés o, si se quiere, su lado estrecho; después, a lo largo de la pared norte, el costado de dicho canapé, espacio, cómoda baja, espacio y por último el otro canapé, cuyo costado ya bordeaba la pared oeste de la habitación, que transcurría de norte a sur y llegaba hasta debajo de la ventana, donde, más al sur, se abría otro espacio, había luego una mesa (o, para ser precisos, *la* mesa, la única mesa de verdad de la vivienda) que se extendía más hacia el sur, casi hasta el rincón sur-occidental de la habitación, de imposible acceso porque lo impedía el mueble situado en aquella esquina, sin duda no del todo desconocido para el lector atento.

Mucho más sencilla resulta nuestra tarea si partimos del sillón situado al oeste de la estufa (manteniendo la distancia pertinente), es decir, siguiendo la pared sur de la habitación; porque allí nos encontramos una vez más con un espacio, luego, más al oeste, con una cómoda baja (pareja y copia exacta de la cómoda de enfrente), otro espacio, después una protuberancia (cuya función nadie nunca supo explicar), y por último, ya en el rincón suroccidental de la habitación, con ese híbrido entre biblioteca y secreter, con ese centauro mitad biblioteca, mitad secreter (si se nos permite tal confusión de conceptos e imágenes), ante el cual el viejo reflexionaba en esa mañana espléndida, tibia, un tanto brumosa pero soleada, de finales de verano (principios

de otoño), que lo cubría a él y a su entorno más inmediato como una campana de cristal ligeramente azulada.

Para anticiparnos a la fijación definitiva de las ideas que sin duda ya han empezado a formarse, consideramos oportuno aclarar en cierta medida el léxico desenvuelto que hemos usado hasta ahora.

Así como, por ejemplo, el secreter no era un verdadero secreter, o, para citar otro ejemplo, la calle secundaria del viejo (la Quebrada de las Mentiras, que así la llamaba el viejo) tampoco era una verdadera calle secundaria, el viejo no era un verdadero viejo.

Era viejo, claro (por eso lo llamamos viejo).

Sin embargo, no era viejo por viejo, es decir, no era un anciano (aunque tampoco era joven) (y por eso mismo lo llamamos viejo).

A buen seguro, lo más fácil sería decir su edad (si no nos repugnaran esas certezas altamente dudosas que cambian de año en año, de día en día y hasta de hora en hora) (y quién sabe cuántos años, días y horas abarcará el arco de nuestra historia) (y hacia dónde se arqueará, de hecho) (de tal modo que de pronto nos encontraríamos en una situación en la que no podríamos responsabilizarnos de nuestras precipitadas manifestaciones).

A falta de algo mejor nos apoyaremos, pues, en una observación no muy original, por cierto:

Cuando los hombros de un ser humano llevan la carga de medio siglo, el ser en cuestión o bien se viene abajo, o bien se mantiene en pie de algún modo, se queda colgado (como del anzuelo del tiempo) (que, claro está, no cesa de tironearlo y arrastrarlo a la desértica orilla opuesta, para alejarlo de los colores exuberantes y de las formas tangibles y llevarlo a una abstracción árida y espectral) y se produce entonces un momento duradero que parece estar en suspenso o, mejor dicho, que nos da la impresión engañosa

de que algo no se ha decidido aún de forma definitiva (como si a uno se le preguntara si la cuerda es lo bastante fuerte) (y aunque todos sabemos que lo es, por supuesto, el hecho de que ceda un poquito—para agarrarla con mayor seguridad—ya despierta sospechas y falsas creencias) (sobre todo entre quienes alguna vez consiguieron desgarrar el cordel) (pero no queremos adelantarnos a nuestra historia).

Así pues, si seguimos sosteniendo—y lo hacemos—que el viejo era viejo, evidentemente tendremos que basar en otras cualidades nuestro uso de la palabra (que no nos es sugerido ni por el aspecto del viejo ni por el saber superior de los encargados del registro civil, capaces de ver más allá de las apariencias).

Nada más fácil que esto.

Concretamente, el viejo—que tenía todos los motivos para ello, indudablemente—se sentía viejo, como alguien a quien ya nada ha de ocurrirle, ni nuevo, ni bueno, ni malo (exceptuando las posibilidades en absoluto negligibles de una ligera mejora o empeoramiento) (que, sin embargo, no cambiaban nada en su esencia), como alguien a quien ya todo le ha sucedido (incluso aquello que podía sucederle o aquello que podría haberle sucedido), como alguien que ha esquivado—provisionalmente—la muerte, que ha vivido—ya definitivamente—su vida, que ha recibido un humilde premio por sus pecados y un severo castigo por sus virtudes, y que está, desde hace tiempo, en la lista gris de los supernumerarios—elaborada quién sabe en qué lugar y a raíz de qué sugerencias—, como alguien que a pesar de todo se despierta día tras día para comprobar que sigue vivo (lo cual no percibe como algo desagradable) (aunque quizá debería percibirlo) (si lo tuviera todo en cuenta) (cosa que, sin embargo, no hace en absoluto).